

## CUERPOS QUE RESISTEN. ENTRE LA PEDAGOGÍA, EL DESGASTE Y LA ALEGRÍA DE TENERNOS

**ARIAS LAURINO, Daniela**

*Tecnológico de Monterrey, Escuela de Arquitectura, Arte y Diseño, [daniela.arias.laurino@tec.mx](mailto:daniela.arias.laurino@tec.mx)*

Este texto es un extracto del conversatorio llevado a cabo en el 2º Congreso Internacional GADU. En este encuentro, me propuse aportar al diálogo sobre arquitecturas feministas desde una mirada que pone el foco en cómo repensar nuestras prácticas desde nuestros cuerpos, en un contexto socio-político desfavorable para la lucha feminista.

### **Más preguntas que respuestas: cuestionamientos para una deriva común**

¿Qué necesitamos para que las arquitecturas sean decididamente feministas? ¿A qué nos referimos cuando hablamos de arquitectura feminista? ¿Cuántas maneras hay de hacer, y cómo coexisten? ¿Quiénes estamos involucradas, involucrados, involucrades en los proyectos de una arquitectura feminista? ¿Con qué estrategias y herramientas? ¿Cómo se configura un sistema donde confluyan activismos, investigación, enseñanza, y que derive en resultados que puedan ser considerados arquitectura feminista?

Ciertamente no tengo todas las respuestas. Y si las tuviera, seguro no serían las únicas ni mucho menos las definitivas. Reflexionar e incidir sobre nuestras prácticas supone partir desde los cuerpos con los que habitamos nuestras casas, nuestras ciudades y nuestros vínculos. Cuerpos que, como afirma Diana Maffía, son herramienta y territorio de lucha, espacios de disputa política, social y cultural.

Hay días en los que estamos muy cansadas. Física y emocionalmente agotadas. Impulsamos pensamiento y arquitecturas feministas desde distintos espacios y especialidades. Lo hacemos desde el privilegio de poder ocupar lugares, como docentes e investigadoras, que nos permiten incidir, tener voz y abrir caminos para el pensamiento y la escritura. Es un trabajo lleno de convicción, de posicionamiento político, de activismo. Pero, ¿cómo impacta en nuestros cuerpos? ¿Cómo recomponer los cuerpos frente al poder institucional, político y económico? El capitalismo y las políticas injustas y reaccionarias no paran de mutar y recrudecerse, impactando cada vez más fuerte en nuestras vidas. ¿Cómo convocar a una lucha que genera cambios significativos, a aquellas que enfrentan dificultades económicas, precarización, sobrecarga de cuidados, discriminación por raza, sexo o identidad?

El compromiso con una causa social no es un proceso lineal ni homogéneo. Para muchas, la experiencia directa de las injusticias —el machismo, la violencia de género, la falta de vivienda— puede ser el motor que impulse su activismo. Sin embargo, otras, a pesar de vivir estas mismas condiciones, pueden no involucrarse debido a la falta de tiempo, el agotamiento, la precarización laboral o la urgencia de cubrir necesidades básicas. Así lo explica Silvia Federici, en *El patriarcado del salario* en el que reflexiona cómo el sistema capitalista y patriarcal precariza la vida y limita la capacidad de acción colectiva, especialmente de las mujeres, quienes soportan una doble carga de trabajo productivo y de cuidados. O Nancy Fraser en *Fortunas del feminismo*, donde argumenta que la lucha por la justicia social debe considerar las condiciones materiales de quienes buscan transformar la realidad, ya que la desigualdad económica es un factor que impide la participación en movimientos políticos y sociales. ¿Cómo, entonces, convocar a quienes enfrentan estas barreras? bell hooks, en *Teaching to Transgress* propone que la pedagogía feminista debe ser accesible y conectarse con la vida cotidiana, generando espacios de reflexión y acción que no demanden más de lo que las personas pueden dar, sino que les permitan integrarse desde sus propias posibilidades.

Repensar estrategias de inclusión y cuidado dentro de los movimientos sociales y académicos es esencial para no reproducir dinámicas excluyentes. La lucha por un mundo más justo debe contemplar las múltiples realidades de quienes pueden participar activamente, así como de quienes, por distintas circunstancias, encuentran barreras para hacerlo.

En 2018 presentaba mi tesis doctoral y analizaba cómo nuestras acciones feministas, como movimiento, siempre han generado reacciones asociadas. Históricamente, cada avance de las mujeres ha sido respondido de manera cruda y cruel, desde el poder, los gobiernos, los medios, la academia, los sistemas económicos o los intelectuales. "A veces me pongo pesimista", expresé en esta mesa de conversación sobre arquitecturas feministas, sin anticipar las innumerables pérdidas de derechos a nivel colectivo, local, regional y global que se pondrían en marcha en los sucesivos meses.

Los logros adquiridos son tan grandiosos como frágiles. La memoria también es frágil, rompible. Y las violencias estructurales, físicas, psicológicas y simbólicas contra las mujeres y cuerpos disidentes alcanzan nuestras ciudades y arquitecturas, porque son nuestros espacios de convivencia y desarrollo. La alternativa, como dice Ana Falú, es la derrota. Lo sé, lo sabemos. Pero, ¿cómo sostenemos nuestros cuerpos con alegría? La arquitectura feminista es también ese cuerpo que habitamos y que nos permite ser parte de nuestras ciudades, nuestras casas, la universidad, los vínculos, el activismo.

El cansancio viene de combatir y también de "educar", no solo a estudiantes, sino a colegas, familias, personas de nuestro entorno. Pedagogías feministas aplicadas a contextos que miran con recelo cualquier información que pone en duda el statu quo, que valora la experiencia y resalta las violencias interescales. Pedagogías que nos obligan a repetir argumentos, a dar ejemplos, a justificar la relevancia del enfoque feminista en la arquitectura. Este esfuerzo no es solo intelectual, es físico, emocional y socialmente desgastante. Es el resultado de un entorno que no solo ignora nuestras demandas, sino que también las minimiza. La resistencia al cambio en estos contextos se convierte en una barrera que impide la creación de un espacio educativo más inclusivo y representativo. Y nuestros cuerpos, como agentes de transformación y resistencia, se ven regulados, disciplinados y violentados por estructuras de poder patriarcales, capitalistas y coloniales. Abatidos.

Las feministas en la práctica arquitectónica y en el ámbito académico, con frecuencia nos encontramos en la posición de ser las únicas defensoras narradoras, difusoras de la necesaria inclusión de la perspectiva de género. Esto nos coloca en una constante tensión: entre el compromiso de continuar y la necesidad de preservar nuestras energías.

A las preguntas iniciales sobre cómo abordar la arquitectura feminista desde nuestras posiciones como académicas, investigadoras, docentes y activistas, surge la interrogante obligada: ¿cómo hacemos para no agotar nuestros cuerpos que, claro está, son privilegiados, para no ceder ante las violencias más sutiles?

Ocupar los espacios, tanto públicos como íntimos, es fundamental para construir nuevas formas colaborativas de existencia. Performar individual y colectivamente, como explica Judith Butler, a través de la repetición de actos disruptivos podemos subvertir los órdenes de género hegemónicos y afianzar identidad y autonomía. Asimismo, la tecnología que en esta nueva era nos revela la misoginia sin vergüenza, también nos habilita espacios para el encuentro, la reflexión colectiva y el abrazo virtual. Resignificando y arropando ese territorio corporal a veces desvinculado, desde el respeto y la amorosidad. La alegría de tenernos como red, para seguir, para proponer nuevos modelos de enseñanza y aprendizaje, pero también para pronunciarse sin fiscalización, sin que resulte agotador manifestar la existencia del cansado cuerpo.

La arquitectura feminista no debería referirse solo un proyecto, una teoría ni un enfoque metodológico; es también una experiencia encarnada. Es el lugar donde nuestras luchas toman forma y donde nuestros cuerpos resisten.